

Personajes del Siglo XIX

EL CURA MONTOYA

Fuera de los niños de pecho, el resto de molinenses, nativos o naturalizados, hemos conocido la desaparecida Casa Parroquial de la Asunción, y en ella la novedad de sus puertas y ventanas recubiertas de planchas metálicas. ¿Por qué esas planchas protectoras, precisamente en la Casa Parroquial? . Sencillamente en previsión de algún nuevo intento de incendio y asalto, como el provocado en tiempos del cura Montoya, allá por la segunda mitad del siglo XIX.

Fue D. Pedro Montoya y Murcia uno de los más famosos e ilustres párrocos de Molina. Por sus grandes virtudes y por sus humanas debilidades. Catedrático de Humanidades del Seminario Conciliar de Murcia, tomó posesión de nuestra Parroquia a las cinco de la tarde del 10 de julio de 1858. Su basta y no común ilustración, la afabilidad de su carácter, su respetable presencia y su arrebatadora elocuencia, le conquistaron rápidamente el respeto, cariño y veneración de sus feligreses.

Pero en sus tiempos era Molina un polvorín a punto siempre de estallar, como consecuencia de las luchas políticas entre los "señoritos" del bando de los Sorianos y Fernández, y el de los "huertanos", dirigidos por las gentes de la "Compañía" y el apoderado de los Zabálburu, D. Eustasio de Ugarte. El Cura Montoya empezó manteniéndose neutral, entregado en cuerpo y alma a sus deberes pastorales. Pero un serio disgusto con los Sorianos le hizo echarse en brazos del Sr. Ugarte. Su innegable talento y capacidad de mando, le convirtieron bien pronto en la persona de confianza de D. Eustasio. A partir de aquí la carrera política del Cura Montoya, fué meteórica. Cargos de responsabilidad, consejero indiscutible... en una palabra: supremo cacique de Molina, a las órdenes de D. Eustasio de Ugarte.

Para contrarrestar éste la influencia del "partido Moderado", manejado por los Sorianos, organiza en Molina el "Partido Progresista". Jefe supremo e indiscutible de los progresistas, el Cura Montoya, que se atrajo a la flor y nata del pueblo y, lógicamente, a los colonos de Zabálburu. Pero tuvo un fallo garrafal. Para restar prestigio y valimiento a los que de tiempo inmemorial habían sido los favoritos de los Sres. de Zabálburu (descendientes del famoso administrador de los jesuitas, Pedro Larrosa, moradores de la Casa Compañía desde 1755), logró enemistarlos con D. Eustasio y anularlos como participantes en el juego de la política local. Este error táctico, fué su ruina como político y, posiblemente, su salvación como cura de almas.

D. Mariano de Zabálburu aspiraba a conseguir un acta como Diputado a Cortes por el distrito de Mula. Previamente había de presentarse a Diputado Provincial su apoderado en Murcia D. Eustasio de Ugarte. El Sr. Ugarte confiaba ciegamente en los votos masivos de "su" partido progresista, dirigido y manipulado por el Cura Montoya. Pero a la hora de la verdad, el cura se había comprometido con la candidatura del jefe progresista D. Joaquín Aparicio. Ni ruegos ni amenazas hicieron apejar al cura de su compromiso y D. Eustasio se vió más solo que la una, para defender su candidatura. Nueve días antes de las elecciones, logró su reconciliación con las gentes de la "Compañía". Y el famoso y legendario Juan Arnaldos Larrosa, auxiliado por su sobrino Antón Arnaldos

García (el tío Juan y el tío Antón de la Compañía), lograron el milagro de ganar a D. Eustasio de Ugarte y D. Mariano de Zabálburu, unas elecciones que teóricamente tenían absolutamente perdidas. La derrota del cura Montoya fué ruidosa y estrepitosa, orquestada, además, por un levantamiento popular y el intento de incendio y asalto de la casa parroquial.

Pero hombre inteligente y de alma noble y generosa, supo aprovechar la lección recibida, reparando a tiempo sus humanas debilidades y poco edificante conducta como sacerdote. Auxiliado por los demás sacerdotes de la parroquia, estableció una ejemplar y modélica escuela de primeras letras, que pudo ser, en su día, una institución docente con futuro venturoso. Se esperaban de ella óptimos y copiosos frutos. Pero antes del año, abrumado por el pesar y el arrepentimiento, entregaba su alma a Dios, aquel hombre, grande y controvertido, que llegó a tiempo de reconquistar las simpatías, el respeto y la admiración que siempre le habían profesado sus feligreses. Al muy poco de su muerte se clausuró la escuela, por falta de celo de los demás sacerdotes, que habían perdido, con su ausencia, el motor que había sabido poner en marcha tantas y tan espectaculares empresas.

MANUEL ARNALDOS PEREZ

Cronista de la Villa - Molina 28-8-75

